FIESTA. BAUTISMO DEL SEÑOR

Teofanía

Por Pedrojosé Ynaraja

A El Papa Juan-Pablo II introdujo un nuevo conjunto de "misterios" para el rezo del rosario. No sé que resultado piadoso puede tener la iniciativa, máxime cuando alguno de ellos queda un poco desdibujado. Pero lo cierto es que el primero: el bautismo del Señor en el Jordán, es muy apropiado.
Imagino siempre, al rezarlo y tratar de contemplarlo, lo que pensaría Santa María cuando se enteró de que su Hijo había dejado Galilea, había atravesado el Jordán y se había ido al encuentro del Bautista. Seguramente quedó pasmada.

Pasó Juan su juventud e inicios de madurez en el desierto. La tradición lo localiza junto a Ein-Karen, al oeste de Jerusalén. Es un desierto de arboleda. La soledad en un tal lugar, es muy diferente a la que se vive en un sitio de amplios horizontes, como los de arena, el de Judá, o el emblemático del Sahara, el que siempre creemos que es modelo que deberán copiar los demás, sin que sea así.
Actualmente, bajo un santuario precioso, pequeño y solitario, que pocos peregrinos visitan, continua este desierto repleto de árboles. Creo recordar que la mayoría son pinos, pero de lo que estoy seguro es que hay encinas y algarrobos. Me guardan en Jerusalén unas cuantas bellotas escogidas de este bosque, para ver si consigo que me nazca alguna encina, que pueda dejar de recuerdo en alguno de los lugares donde ejerzo mi ministerio.

La cosa es que se hizo mayor nuestro buen hombre y marchó a las orillas del Río. Unos 35 Km. le separaban y un desnivel de unos 1.100 metros. El Jordán por allí esta en su curso final, baja plácido, lento y formando múltiples meandros. Como explícitamente dice el evangelio que se trataba de la orilla izquierda, es allí donde he ido ilusionado. La arqueología confirma la veracidad y las excavaciones prosiguen. Lamentablemente, el río bíblico baja enormemente sucio, prácticamente es el final de cloacas, tanto de Israel, como de Palestina y de Jordania. Goza de cierta soledad el paraje, se levantan algunas iglesias y recientemente se ha iniciado una latina. Pero en el lugar del bautismo, en la orilla, siempre se podrá evocar la gran gesta del Bautista, repleto como está de arbustos, juncos y zarzas espinosas.

Ya he hablado en diversas ocasiones de él, de su estilo de predicación, de su coherencia y valentía. Fueron estas virtudes las que atraían a las gentes de toda categoría a escucharle y conmovidos reconocían la veracidad de lo que escuchaban y la bajeza de sus propias costumbres. Era tajante en sus afirmaciones y muchos aceptaban su indigencia espiritual. Se atrevían a reconocerlo públicamente y a manifestar su deseo de conversión. Juan entonces, solemnemente, los hundía en el curso del agua y salían ellos tranquilizados, porque este reconocimiento público de

sus pecados, calmaba sus conciencias. No nos dicen los textos que todos fueran valientes y pidieran el bautismo, parece que este acto de humillación, pocos eran capaces de solicitarlo. No nos ha de extrañar, pues, su sorpresa, cuando vio acercarse a Jesús. Un hombre de desierto, está preparado para las grandes intuiciones y él además estaba impregnado desde el seno de su madre Isabel, de la gracia del Altísimo. Reacciona con humildad, reconoce que, pese a la vida de austeridad que ha llevado, cuando está al lado del Mesías, su pequeñez y limitaciones son motivo de que solicite el bautismo. Jesús con gran honradez se niega, era un gran admirador de la labor de preparación a la que estaba entregado y, paradójicamente, es él el quele pide ser bautizado.

¿Qué conversión pretendía lograr? ¿De qué pecados se arrepentía? ¿Cómo iba a enriquecerle espiritualmente el gesto?

En el Jesús de este momento estamos, como más tarde en Getsemaní, presentes nosotros. En nuestro nombre, representándonos, incorporándonos a sí mismo, se quiere bautizar. Y Juan accede por fidelidad. El texto dice que el Señor lo quiere y él, pese a no entenderlo, cumple lo que le dicen.
En la pequeñez del acto se encierra tal grado de humildad, que la plenitud de la Divinidad debe manifestarse. Explota el Cielo, se manifiesta el Espíritu en forma de paloma y el Padre se hace diáfano, mediante su voz. A este fenómeno religioso le llamamos una Teofanía. Es el complemento que corona la ingenua historia de Navidad.

Jesús, trabajador autónomo de labores de la construcción, se alejaría seguramente de Nazaret de cuando en cuando y a Santa María no le extrañaría quedarse sola. Al enterarse de a lo que se había sometido y de su inmediata partida a la soledad del desierto de Judea, donde pasó los 40 días de ayuno y oración, reconocería que el Señor continuaba revelándosele. Recordaría las palabras de Gabriel: será santo, será llamado Hijo de Dios. ¿Cuál sería la nueva revelación, pensaría entonces?

La Fe de María, como la nuestra, es un riesgo, y ella fue siempre fiel esclava del Señor, también ahora que, en vez de presumir y buscar éxitos, como cualquier hijo de vecino, su Hijo se humillaba. La manifestación solemne de la Divinidad, le recordaría lo que le contaron los pastores y la estrella prodigiosa que había guiado a los sabios extranjeros. En la soledad de su viudez, meditaría todo esto, enriqueciendo su corazón.

Padre Pedrojosé Ynaraja